

# El cuerpo prisma proyecta cuerpos múltiples

Mabel Moraña. *Pensar el cuerpo. Historia, materialidad y símbolo*. Barcelona, Heder, 2021, 364 pp.



Paula Daniela Bianchi

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Literatura Hispanoamericana / Instituto de Investigaciones de Estudios de Género. Buenos Aires. Argentina.

La crítica uruguaya Mabel Moraña publica un libro necesario y urgente para pensar la categoría de cuerpo en toda su pluralidad. Para la autora el cuerpo se define como una superficie permeable y compleja en la que se diseñan a partir de la materialidad, los estratos simbólicos desde los que el cuerpo puede ser decodificado porque se encuentra siempre en permanente tensión. El cuerpo está inserto en la temporalidad finita, asumido desde lo biológico, o permanente, asumido desde lo artístico, y en una espacialidad que lo sostiene en todas sus dimensiones. Pero lo más relevante que destaca Moraña de este *pensar el cuerpo* es nuestra relación oblicua, esa que mantenemos con él, ya que el cuerpo advierte una espesura propia que no es posible traducir ni comunicar por su carácter polivalente que se proyecta desbocado pero, a la vez, normado y regulado por las prácticas de control social, ciudadano, cultural, médico, jurídico, y se proyecta singular pero también colectivo cuando ocupa el espacio público y se conecta con otros cuerpos.

Moraña organiza su complejo entramado corporal a partir de una construcción por pares para dar cuenta de diecinueve modos de pensar ese cuerpo tan plural como prismático del que parte planteando como problema su materialidad e intangibilidad de modo simultáneo.

Comienza con una *historicidad corporal* que se inicia con la regulación y control de los cuerpos, desde el ojo médico de la autopsia y el microscopio, desde la unidad individual renacentista organicista hasta el cuerpo grotesco y deforme. Desde la otredad a partir de las conquistas de los imperios donde se construye al enemigo por la diferencia de los cuerpos místicos o los barrocos recargados de pliegues con los cuerpos proletarios y maquínicos que parten de la vigilancia hasta las tecnologías del yo foucaultiano.

Luego aborda la división del *cuerpo centrado o desbocado en el espacio*. Los cuerpos siguen una tipificación

y organización sistemáticas creadas por los hábitos para inscribirse en los años noventa dentro del *giro espacial*. El cuerpo se hace según su lugar y también su modo de repetir un modelo performático, donde la espacialidad ejerce la inscripción del cuerpo. Moraña distingue así los cuerpos pensados desde la geografía de los feminismos: “un cuerpo es según su marca, su enlace relacional, múltiple” (2021: 36) y plástico con la espacialidad. Los cuerpos se vinculan con las prácticas situadas dentro de la interseccionalidad y la discursividad porque pueden ser leídos como lienzo o territorio, interior y exterior, ocupan espacios públicos, privados y sus intersticios. También destaca la corporalidad ligada a la espacialidad y al aspecto conjuntamente con los cuerpos como modelos de ensamblajes.

Luego retoma lo anticipado en el párrafo anterior y liga al *cuerpo con las categorías de raza y nación*. Parte del cuerpo que debe superar el trauma de la conquista hacia el cuerpo ciudadano y el que queda por fuera de esa ciudadanía, al cuerpo que se inserta en el trabajo, al cuerpo que se confunde entre “mezclas e hibridaciones” (65) dando paso a los cuerpos inscriptos en la Nación y a los cuerpos que deben ser incluidos en los procesos de emancipación, a los cuerpos heterogéneos: indios, afro, multatos, zambos, mestizos y de cómo hacer el pasaje de las figuraciones de los cuerpos grecorromanos a los cuerpos del continente latinoamericano a partir de metáforas y alegorías. Además, de cómo se presentan las transgresiones de las fronteras raciales. Moraña piensa cómo el proyecto de los Estados-nación latinoamericanos producen cuerpos mestizos y homogéneos borrando las singularidades, sin olvidar el borramiento de los cuerpos femeninos más allá del espacio del hogar como amas de casas o empleadas domésticas y con ello anuncia la salida al espacio público de algunas y comenta sus luchas por la emancipación. En esos forjamientos nacionales, avanzados los años, los cuerpos dóciles se domesticaban en gimnasios, salones de belleza y consultorios estéticos. La Modernidad los protege de los

peligros del afuera encerrándolos en espacialidades clausuradas y seguras.

Los cuerpos asumen poses o quehaceres performáticos siendo presas de las tecnologías biopolíticas de control. Aquellos diferentes que escapan al ideal hegemónico del proyecto de las naciones se constituyen en una “otricación” porque la misma nación se manifiesta como cuerpo político. Entonces se origina la pugna del cuerpo humano y el cuerpo social inmersos en relaciones desiguales de poder y de grados de afectividad vinculadas con las emociones, inclusiones y exclusiones de comunidades que recrean efectos afectivos, políticos, ideológicos; para ello, Moraña retoma la teoría de las emociones desarrollada Sara Ahmed.

En *cuerpo, saber y verdad*, las alusiones a Michel Foucault serán nodales para que Mabel Moraña establezca los lazos de un cuerpo situado y relacional en vinculación con la representación y el régimen de verdad. Moraña señala que en el cuerpo convergen lo íntimo y lo público, las emociones, lo aparenial, lo grotesco, por ello el cuerpo es el sitio “donde se aloja el enigma de la existencia” (99).

En *cuerpo y diferencia*, Moraña señala la compleja correspondencia que se manifiesta a partir de los aspectos visibles como la morfología de las pieles, huesos, cabellos, entre otras. Es decir, lo que conforma muchas veces, construcciones ideológicas respecto de la otredad instituyendo incluso jerarquizaciones raciales que son construcciones sociopolíticas como la construcción de género. Basada en el concepto de diferencia de Jacques Derrida y de Linda Alcoff (diferencia racial y generizada), Mabel Moraña delimita las exclusiones de ciertos cuerpos que no importan porque se erigen en minorías y cómo en la actualidad se batalla para derribar los discursos que legitiman las diferencias como componentes segregados. Por eso, aclara es importante recuperar las diferencias como singularidades visibles en el conjunto de las sociedades todas.

En *cuerpo, género y sexualidad*, se debate entre el sexo biológico, las prácticas sexuales reproductivas y placenteras, y entra en juego el deseo. Cuando las normas y prácticas regulativas juegan con las *formas comunes* de matrimonios binarios y familias nucleares en medio de la deconstrucción familiar y del poliamor, Moraña destaca la labor importante de los feminismos para constituir cuerpos y géneros deseantes en lugar de objetos de deseo.

En el cuerpo y el ojo, Moraña destaca el régimen escópico en la constitución de los cuerpos desde un

órgano (visual) que forma parte del propio cuerpo, la mirada propia y la de los otros que construyen y adicionan formas corporales diversas donde los cuerpos se proyectan como dispositivos de socialización y emisores de significados interseccionales. Se pregunta cómo se asume la desnudez desde miradas deseantes, voyeristas, desexualizadas, apacibles, lujuriosas, estigmatizantes.

Es interesante la inclusión de un apartado respecto de *cuerpos y deporte*. El deporte se instaura desde lo individual y el mercado o la industria: a veces como práctica saludable, otra como práctica para superar limitaciones físicas o como práctica social donde intervienen las relaciones de poder o las diferencias genéricas o discapacidades. Lo que genera discriminación evidencia la relación entre cuerpo, poder y deporte en varios niveles, tanto para práctica o consumo y en distintos estratos poblacionales, destacando aquello que otorga habilidades, rapidez, valentía. También es asociado a las mujeres en relación con las dietas y los cuerpos bellos y un proceso de cosificación para todos los géneros con fines de comercialización y lucro. Otras veces produce simbiosis con el espectáculo entonces, el deporte concibe un lenguaje que configura relatos a decodificar de modos masivos.

Cuando el *cuerpo es asociado con la tecnología* emerge la figuración del cuerpo *ciborg* o ensamblado pero esa vinculación tiene demasiadas aristas. El cuerpo desde la anatomía desde antaño está conjugado con la muerte y su manipulación, pero no necesariamente con las prácticas tanatológicas, ya que también las intervenciones por fertilización u operaciones, ablación de órganos, trasplantes de órganos, se enrolan del lado de la vida. El cuerpo máquina, el cuerpo en serie del trabajador obrero, el cuerpo necropolítico, despersonalizado, el cuerpo guerrero, el cuerpo tecnologizado están íntimamente ligados al siguiente apartado del *cuerpo y capital(ismo)*.

Desde esa mirada, el cuerpo es una herramienta de trabajo que constituye el modernismo: cuerpo y capital. Es decir, cuerpo que se gasta, desgasta, consume. Cuerpo que produce como capital de trabajo y como tal debe ser saludable, estar entrenado, y así integrar todos los apartados que Moraña segmentó hasta ahora. Todas esas aristas conforman el cuerpo del trabajo que tiene planificado hasta los momentos de ocio dentro del capitalismo. Entonces cómo no asociarlo con la biopolítica. Los cuerpos son controlados por los Estados, por las empresas, por la globalización, se controlan sus movimientos, el desplazamiento por los espacios públicos dentro del sistema de vigilancia para que ingresen en la regulación y normatividad corporal.

De ese modo, los cuerpos estarán ligados a la ley que reconoce o no la continuidad de la vida como de la muerte. Es decir, qué lugar o lugares ocupan los cuerpos biopolíticos. Moraña recurre a las teorías de Nancy para adscribir a ellas y concluir que todo cuerpo es una envoltura inteligible que da sentido a la existencia.

En *cuerpo y representación*, Moraña subraya que toda representación de los cuerpos es política porque corresponde a procedimientos estéticos e ideológicos sobre lo representado. Por ello, la representación es un acto de traducción, del paso de un registro a otro (de lo real a lo simbólico) subraya Moraña, aunque también es un acto de aproximación donde la representación no reemplaza al objeto completamente. Moraña —quien comienza el libro con un epígrafe de Tomás Le Bretón— se basa en lineamientos del antropólogo francés para construir sus definiciones de cuerpos porque representar es “incorporar en el espacio del yo lo que de otra manera ocuparía siempre su exterioridad” (214).

En la representación y en las imaginaciones territoriales los cuerpos de las mujeres fueron asociados a la tierra, a la territorialidad para conquistar la espacialidad salvaje, virgen e indómita. Mientras que en relación con la moda, la representación también involucra a la conquista de la imagen hegemónica, promoviendo al cuerpo desde una inscripción de mercadería simbólica dentro del capitalismo que lo vacía de sentidos. Porque la moda, afirma Moraña, encarna el exceso, lo snob, lo superfluo, ya que el cuerpo funciona como un “signo casi transparente” (222) desde su opacidad que debe servir para los adornos y atuendos. Desde la moda y la representación se reconstruyen materializaciones corporales de otras civilizaciones y épocas y se proyecta hacia el futuro la construcción social del género.

Desde lo político se diseñan complejos modelos en pugna por la obtención del poder representacional. En el campo de los afectos y deseos los cuerpos también atraviesan modificaciones por el paso del tiempo pero otros son concebidos como objetos artísticos u obras modificables de modo permanente como el caso de la *performer* francesa Orlan que desde su concepción nómada y mutante del propio cuerpo hace de él un sitio de exploración artística a través de procedimientos quirúrgicos filmados y transmitidos en vivo. Cuerpos como los de Orlan decodifican mensajes hegemónicos de cuerpos para mostrar la heterogeneidad y la importancia que se le otorga a una fetichización controlada de lo físico.

Si describe el cuerpo vinculado con el deporte y las cualidades de salubridad, Moraña no deja de lado la

relación *cuerpo y enfermedad* para trazar un recorrido por las enfermedades degenerativas como el cáncer, el sida y la sífilis hasta el COVID-19 asumido a partir de las huellas que deja a nivel de degeneración corporal colectiva pandémica y de cómo se afecta el cuerpo individual a partir de la enfermedad del cuerpo social.

Desde los gobiernos, los cuerpos en relación con el aspecto, lo sano y lo enfermo se vinculan a las instituciones de salud de modo dócil, en la mayoría de los casos, donde el paradigma médico recobra importancia ante el cuerpo enfermo que debe ser regenerado. Existen enfermedades que son puestas en escena demarcadas por el género, otras por la condición de clase como las llamadas “enfermedades del pobre”, o por la sexualidad o por la raza, es decir, algunas enfermedades funcionan como lenguaje para marcar determinadas connotaciones discriminadoras.

*Cuerpo y afecto* es otro modo que selecciona Moraña para establecer los lazos que genera el cuerpo como organizador de relaciones interpersonales, en la superficie de contacto con los objetos fetichizados a aquellos que se les otorga cierta carga emocional (Ahmed) porque los cuerpos funcionan en contacto con otros cuerpos que circulan y se rozan y producen infinitas maneras de la emotividad que se presentifica de modo individual y también colectivo: el dolor, la vergüenza, el odio, la tortura, la guerra, el amor. La trama afectiva o desafectiva deja una herida profunda a modo de huella en la superficie corporal para adentrarse en la interioridad de los cuerpos. Puede pensarse en los afectos, advierte Moraña, como formas de saber y como una forma de energía relacional, como una pulsión abierta, indeterminada e inestable.

En *cuerpo y violencia* donde también intervienen las emociones, Mabel Moraña distingue niveles diversos de violencias que surgen desde el interior intensificado y que se amplifica al inscribirse en la escena pública. La violencia es asumida como una traza social que deja su marca en el cuerpo social, en los imaginarios compartidos y que puede atenuarse con el tiempo.

Las maneras represoras siempre actúan de modos violentos como las persecuciones policiales, la guerra, la represión a migrantes indocumentados, y surge la “producción social del miedo” que inflige la posibilidad de daño en el cuerpo y funciona como modo de control poblacional. Activa el miedo que se reproduce también a nivel de discriminación y diferenciación sexual racial, etaria, física. Las múltiples caras de la violencia se infiltran en la población y en los cuerpos como la microviolencia, la violencia estructural, la expresiva, la sistémica o epistemológica. Propone

Moraña desarticula los discursos estructurales de la violencia que generan situaciones de control y poder a partir de las marcas emotivas como la del miedo.

En *cuerpo y frontera* se integran los desplazamientos de cuerpos, los procesos migratorios, los exilios, las diásporas. Los cuerpos son itinerantes y sus recorridos se encuentran repletos de acorralamientos, corridas, emboscadas, por ejemplo, los cuerpos de los migrantes indocumentados que deben hacer y deshacer recorridos para intentar colarse en otro lado diferente del que deben escapar. Por lo tanto, los cuerpos fronteras y en movimiento se mantienen muchas veces, en situaciones indeterminadas, con derechos suspendidos, como itinerantes sin destino fijo, el cuerpo de los desplazados es ubicado de modo permanente en los lindes de los territorios y en los límites de sus cuerpos. A estos cuerpos se les propone permanecer en un entre-lugar geopolítico y geocultural en medio de una disputa que los mantiene en una “borderización”. Moraña recurre al concepto de necropolítica desarrollado por Achilles Mbembe para dar cuenta de este fenómeno de cuerpos fronteras a la puertas de la muerte, que se relaciona con el siguiente apartado sobre *cuerpo y dolor*. El dolor como emoción y como condición de vulnerabilidad de una corporalidad marcada por el desamparo doloroso deja sus huellas en el sufrimiento. Porque en el dolor habita un vacío lingüístico —como sostiene Moraña citando a Elaine Scarry— que aísla al cuerpo sufriente intensificando el dolor en su corporalidad. En cuanto a dolores públicos o situados en temas de agendas públicas como las violaciones, el dolor construye un

cuerpo de la víctima moldeado por el propio dolor y puesto en una escena colectiva que le quita la singularidad al cuerpo dolorido y sufriente.

El *cadáver como un cuerpo* dispuesto para rituales de despedida en ceremonias religiosas o íntimas, o como modo de duelo, el cadáver dispuesto como una espectacularización del régimen escópico, como algo impuro, contaminante, en descomposición o en preservación si se lo momifica, siempre el cadáver discurre entre la evocación de quien lo portó y el mensaje que deja. Hay cadáveres utilizados como mensajes a modo de advertencias, como amenazas, cadáveres en trozos para ser desaparecidos o para ser vendidos. El cadáver como circulación de dinero y espectáculo no solo está asociado al dolor sino también a las prácticas necrófilas como el *corpse porn* que parte del *new sex* desde la visión glamorosa del cadáver sensual.

Finalmente, el *cuerpo y el poscuerpo o poshumanismo* no es menor en el minucioso recorrido que nos ofrece Moraña. Activa la visión de un cuerpo que desafía las creencias originales para montar o ensamblar un cuerpo mente en planos que van más allá de lo meramente humano porque es un cuerpo frontera entre lo humano, lo cultural, lo territorial, lo maquínico, lo natural. El cuerpo se transforma un cuerpo nuevo montado en nuevos modos de habitar la corporalidad.

De este modo, los cuerpos prismáticos propuestos por Moraña desprenden múltiples aristas que conforman miradas amplias y diferentes de muchos cuerpos que integran un solo cuerpo para seguir pensándolo.